

EL PEZ MÁGICO Y LOS DESEOS DEL CORAZÓN



Estando yo trabajando en la selva. Una mañana, al despertar, mi barriga hizo ¡ruuuuuuuuum!
¡Tenía muchísima hambre!





Se puso su chubasquero amarillo, agarró su caña de pescar, subió a su barca y se fue a pescar.

Navegaba por el río, lanzaba la caña, la recogía... pero no pescaba nada, ni un pececillo para la cena. Lanzó la caña una vez... dos veces... ¡muchas veces! Pero seguía sin pescar nada.

Entonces, David pensó:
— ¡Voy a lanzar la caña con todas mis
fuerzas!

Y ¡zas! la lanzó muy lejos. Al
recogerla, sintió un tirón fuerte.
¡Había pescado un pez enorme!
— ¡Qué suerte! —dije—. Esta noche
me haré una gran barbacoa.



Pero, cuando estaba llegando a casa, escuchó un grito:

— ¡¡DAVID, DAVID!!

Miró a su alrededor... ¿Quién le llamaba?

¡Era el pez! ¡El pez estaba hablando!

— ¿Tú... puedes hablar? — preguntó David con los ojos muy abiertos.

— ¡Claro que sí! — dijo el pez—. Soy un pez mágico. Si me dejas libre, te concederé todos los deseos que quieras.



David, que tenía mucha hambre,
pensó rápido:

— Quiero una montaña de
huevos fritos, otra de patatas
fritas y otra de chocolate.

El pez movió su cola y... ¡Pum!
Al llegar a casa, allí estaban las
montañas de comida. David
comió, y comió, y comió... hasta
que ya no pudo más.

Pero después de comer, pensó:

— ¡Qué tonto he sido! Podía
haber pedido algo mucho mejor.



Corrió otra vez al río,
encontró al pez y le pidió:
— Quiero una casa enorme,
un coche brillante y una
gran piscina.
— ¡Deseo concedido! —dijo
el pez.



Pero David no paraba de pedir y pedir:

— Ahora quiero... ¡un castillo gigante con torres altísimas! Y también quiero tres coches brillantes: uno rojo, uno azul y uno verde.

El pez volvió a mover su cola.

¡Pum!

Delante de David apareció un castillo enorme, con banderas de colores que ondeaban al viento.



Pero David seguía pensando en más cosas:

— Ahora quiero... ¡un palacio todavía más grande que el castillo!. Dentro del palacio haya una habitación llena de juguetes, muñecos, coches, peluches, trenes, puzzles... ¡todos los juguetes del mundo!; y también quiero otra habitación llena de monedas de oro y billetes, desde el suelo hasta el techo.

El pez volvió a mover su cola.

¡Pum!



Pero cuando David pensaba en su próximo deseo...

¡Splash!

El pez saltó fuera de la barca y empezó a nadar rápido para escaparse.

David gritó:

— ¡No te vayas, todavía quiero pedir más deseos!

Pero el pez mágico, desde el agua, le contestó:

— Has pedido muchos deseos solo para ti. No has pensado en nadie más. Por ser tan egoísta... te lo quitaré todo.

Y desapareció para siempre.





Cuando David volvió a su casa... no había casa, ni coche, ni piscina, ni castillo, ni juguetes, ni monedas. Todo había desaparecido.

David se sentó y pensó:

— He aprendido la lección: es mejor pensar en los demás y compartir, que quedarse solo pidiendo para uno mismo.

Y desde aquel día, cada vez que ayudaba a alguien, su corazón se llenaba de una alegría tan grande... ¡que ni todas las montañas de chocolate del mundo podían superar!

FIN